



PADURA, Leonardo, *Ir a La Habana*, México, Tusquets, 2024, 328 pp.



Ya de larga trayectoria, el escritor cubano Leonardo Padura posee una fama que alcanzó —en gran medida— por sus textos policiacos. El literato nació en La Habana (9 de octubre de 1955), creciendo en medio de un proceso político de numeroso contingente de intelectuales en la Cuba revolucionaria de 1959. Pese a ese proceso, presente hasta hoy en día, el autor sigue viviendo en la isla, aun cuando su literatura no lo hace ver ni ser tratado como un intelectual reconocido, como él mismo lo señala. No obstante, pese a que se le identifica como detractor al régimen, su trayectoria es sobresaliente, lo cual se refleja con su extensa producción bibliográfica y con los premios que le han sido otorgados, entre los cuales podemos destacar su Premio Nacional de Literatura (Cuba, 2012), el Premio Princesa de Asturias de la Letras (España, 2015) y el Doctorado Honoris Causa de la UNAM (México, 2017).

Pero hablemos de su más reciente escrito. Con 15 fotografías a colores que son insertadas al inicio de la obra, es decir, ya en su interior, y sin contar la imagen de la portada ni la de la cuarta de forros, *Ir a La Habana* es el resultado de una intención actual de representar mediante la palabra escrita a La Habana.¹ En la articulación del texto se aprovecha la inserción, en buena parte de la novela, de un conjunto de textos que a lo largo de su trayectoria literaria ha ido escribiendo Padura. Engarzando fragmentos de pasadas

¹ Realizar una reflexión sobre el “anexo fotográfico” que se integra en la obra se antoja como una opción académica de interpretación. Sin embargo, un ejercicio con intención iconológica va más allá de la meta de reseñar la novela, por lo cual nos limitaremos a esta tarea. Por ahora, se considera importante señalar esa posibilidad de atención a la iconografía allí adjunta.

creaciones de ficción, así como de partes de textos autobiográficos. De igual manera, como una característica más de su última obra, debe mencionarse que integra a ésta algunos ensayos que antes se editaron en periódicos.

El propio autor reconoce la participación de su esposa Lucía en dicha tarea de planeación y organización, al ser ella quien rastreó en las catorce novelas previamente publicadas por su esposo aquellos materiales que fuesen útiles al reciente proyecto editorial que obtuvo como resultado una nueva ficción. Aquí, los lectores nos encontramos ante una mirada sobre la vida del propio Padura, así como de la vida política, literaria y cultural de Cuba; y en particular descubrimos una guía para conocer a la capital cubana, tropezándonos con una útil información —valiosa e interesante— para, virtualmente, sentirnos invitados a *Ir a La Habana*.

Como dato singular, se considera significativo mencionar que quien ha escrito esta reseña tuvo la oportunidad de leer el libro estando ya en La Habana, toda vez que inició una estancia sabática desde junio del 2024. Coincidentemente, y como un regalo casi privado, *Ir a La Habana* empezó a circular a fines del mismo año. De esa manera es que fue posible advertir que la obra de Padura es verdaderamente ilustrativa de la naturaleza, de la historia, literaria, cultural y política, en sí, de buena parte de la vida de la capital cubana.

En esta novela encontramos el impacto que, desde la perspectiva del autor, existe de la historia política en la sociedad isleña, en específico desde el triunfo de la Revolución cubana. Allí, a través de sus páginas, Padura atiende lo que para él fueron y siguen siendo las alteraciones sufridas por, en referencia directa al castrismo, “ese vértigo de huracán que lo cambia todo, —que— altera las fisonomías y a su paso arrasa con tantas cosas” (p. 25). Pero al mismo tiempo sostengo que el autor también ofrece una visión de la Cuba de los últimos tiempos, de lo cual puedo decirme testigo, habiéndome percatado de que los aromas de La Habana han ido cambiando y que, pese a ello, sus olores han sido y siguen siendo factores que le dan una peculiar personalidad a los espacios habaneros.

Justamente las calles cercanas a la sede principal del Instituto de Historia de Cuba, en el cual me movía frecuentemente como investigador visitante, y que el novelista menciona al referirse al Palacio de Domingo Aldama; o bien el barrio de Dragones en Centro Habana, coinciden con las

representaciones noveladas por Padura. En este sentido, el de la identificación entre las descripciones narradas por parte del autor cubano y las que experimenté como observador académico, cabe decir ahora que *Ir a La Habana* tuvo un significado especial al iniciar su lectura, ya en enero de 2025, pero el impacto en mí causado fue de magnitud insospechada al continuar mi estadía.

Haber tenido la dicha de leer *Ir a La Habana*, y estar simultáneamente en La Habana, quiero decirlo con énfasis, es una fortuna para mí, al haberse convertido mi estadía académica en una de las experiencias profesionales y personales más importantes de mi vida. Ante lo anterior, aprovecho la oportunidad para enunciar mi agradecimiento a la Universidad Nacional Autónoma de México, por la siempre generosa y bondadosa presencia hacia mi desarrollo profesional, así como el que han logrado generaciones de mexicanos y extranjeros que hemos tenido la dicha de ser parte de ella. La referencia a este aspecto es pertinente, toda vez que la reseña del escrito aquí tratado no es puramente resultado de la lectura, sino de la confrontación con la realidad que en esas páginas se alude.

Cumpliendo sus propias aseveraciones, Padura señala que él mismo, en su calidad de novelista, ofrece un comportamiento como «almacén de memorias», remembranzas de las cuales creemos que no es posible que el autor pudiese echar mano de todas las que su mente guarda, al considerar que es enorme y rico el caudal que podría usar para sus narraciones. Además de ello, La Habana, como centro urbano de mayor desarrollo en Cuba, hace imposible que en una obra novelada o autobiográfica se pueda aludir a todos y cada uno de los sectores y espacios recónditos de la zona urbana y semi-rural que la conforma.

Ahora bien, existen muy destacadas temáticas que se tocan en la escritura de Padura. Un tópico al que el escritor da relevancia es a su postura hacia el proceso revolucionario. Un ejemplo digno de mencionar es aquel en el cual aborda el tema sobre cómo el gobierno castrista ha manejado a la historia. Ofrece así lo que aquí se aprecia como una velada crítica, aunque en otros espacios pueda ser considerada o vista como abierta oposición al régimen. Para él: “Una de las características que identifican a todas las revoluciones es su afán de rescribir la Historia. El pasado debe esquilmarse y extraer de él todo lo que sirva para alimentar la propia existencia de la

obra revolucionaria, fundamentar su pertinencia y necesidad” (p. 75). Ante esta tesis sostenida por el intelectual cubano, es importante para los lectores ofrecer una posición, la cual al menos debe consistir en preguntarnos: ¿Qué pretende la historia, y el historiador, hacer con ese pasado útil a un proceso revolucionario? ¿Qué actitud toma al estar frente a la construcción histórica con fines ideológico-políticos? Como se puede apreciar, tenemos que la edición de *Ir a La Habana* penetra en campos que rebasan la disciplina de la literatura, constituyéndose un aporte para el conocimiento en general.

Las descripciones de la vida cultural habanera, mediante las cuales Padura va contrastando los cambios sucedidos entre las condiciones que se vivían antes del triunfo castrista, con los escenarios que se generarían posteriormente, permiten distinguir el punto de vista sostenido por el reconocido escritor. El panorama presentado, de deterioro, de crisis, de declive, puede ser tomado como referencia de lo sucedido en todos los campos y aspectos de lo cotidiano en La Habana. Tal circunstancia explica que la tónica es de desesperanza para todo cubano. La actitud es entonces, en palabras del narrador; “agarrar lo que hay ahora, porque mañana no se sabe...” (p. 85).

Todavía más llamativo es el tratamiento que hace del deterioro habanero en el cual tuvo gran peso la situación que se presentó en Cuba luego de la caída de la Unión Soviética, que significó para la isla el desamparo pleno, ante el fin del apoyo económico de la URSS a la isla, periodo que se denominó Período Especial en Tiempos de Paz, mismo que, para verlo con mayor interés, es descrito por Padura como si se tratara de la crisis que se desarrolla en los últimos tiempos, es decir desde el año 2024 y lo que va del 2025. Muestra características idénticas, o mejor dicho superadas en el dramatismo provocado por la falta de suministros energéticos, por las consecuencias post pandemia mundial, y por el endurecimiento de las medidas restrictivas emanadas desde el gobierno estadounidense. De esa manera, sus líneas sobre la decadencia habanera vivida al término de la Guerra Fría se ajustan plenamente a las circunstancias que hoy mismo se viven en la capital.

Aunque al hablar del Periodo Especial debe entenderse que se trata de la década de 1990, los lectores podemos advertir que las desastrosas condiciones no han cambiado, sino que, como lo sostiene *vox populi*, se han puesto todavía más difíciles. Padura lo sostiene de esta manera:

Y a su alrededor, mientras tanto, la demolición continuaba a un ritmo cada día más acelerado y el país se quedaba sin aliados políticos, pero, sobre todo, sin alimentos, petróleo, transporte, electricidad, medicinas, papel y hasta cigarrillos y ron, y se decretaba la llegada de un nuevo momento histórico que con amable eufemismo fue bautizado como Periodo Especial en Tiempos de Paz (p. 91).

Sirva esta cita para mostrar cómo, además de conocer su actitud hacia un hecho histórico medular, Padura armó una estructura peculiar en *Ir a La Habana*, pues esa cita es tomada de otra de sus obras anteriores. En este caso es de su novela intitulada *La neblina del ayer*, la cual, siendo editada en 2005, alude a la situación ficcional del 2002.

Hoy, ya avanzando hacia la segunda mitad del 2025, los comentarios de los locales en torno a las condiciones de la isla son emanadas en el sentido de que se trata de “Un Segundo Período Especial”; de igual manera también es común escuchar que se trata de un “Periodo Especial mucho más patético”. Este último punto de vista es argumentado porque se cree que sí bien en el otro no había comida, en la crisis actual lo terrible es ¡que se vea por la calle la existencia de productos comestibles, que haya oferta de ellos, que estén a la vista de todos, pero que no toda la gente tenga manera de adquirirlos...!

Obviamente que, al tratarse de La Habana, el autor tendría que hablar de música, sin embargo, pese a la importancia de la tradición musical cubana, donde la rumba, el son, el bolero y la trova son de fama internacional, en la obra se da un espacio reducido a estos géneros, o hasta ni se les atiende. Pero lo que sí agranda, explayándose sin freno, es su consideración de desagrado hacia el reguetón, ritmo que toma no sólo como...

música machacona con una lírica a veces escatológica: –sino que hasta– es la manifestación de una pérdida de urbanidad y de confianza de los ciudadanos que encuentran en sus interpretaciones, imágenes visuales (video clips de alto octanaje erótico) y hasta formas de moverse y vestirse, una vía de expresión, algo así como una válvula de escape para tantas tensiones y necesidades..., incluso artísticas y creativa, lo cual es complicado afirmar tratándose del reguetón (p. 124).

Es interesante la forma en que el escritor utiliza su alusión a la “música escatológica” para explicar la crítica circunstancia socioeconómica vivida en la isla. Visto como un Tsunami, el estado fatal que Padura define como en el que vive la población de La Habana, y que debemos pensar que es el caso de todo el país, le hace detenerse, e insistir, en su interpretación sobre...

La muerte de las leyes existentes pero muchas veces no escritas de la urbanidad y la convivencia –que– puede intentar resucitarse con actos punitivos, pero mientras no se llegue a la raíz cualquier poda será una solución temporal. Y la raíz está en las condiciones de vida de las personas y en la educación. Las crisis no sólo alteran las estructuras de una sociedad. También afectan su salud. Y la sociedad cubana de hoy está enferma de indolencia, pérdida de valores, falta de respeto por el otro y ausencia creciente de urbanidad. Y los desmanes que genera esa insuficiencia siguen creciendo y diría que, lamentablemente, son casi indetenibles (p. 137).

Las posiciones mostradas por Padura son comprensibles cuando se camina por La Habana. No hay otra posibilidad más, que darle la razón al escritor. Por eso se explica que sus letras lleven fuertes cargas de denuncia, y que se integren frases con las cuales se difunda el hecho de que “...hay cosas tan verdaderas que ni el poder de los dictadores logra cambiar” (Padura, *Ir a La Habana*, p. 127, con cita de *La novela de mi vida*, 2002, p. 288.). Leonardo Padura no duda en reconocer su latente inconformidad, al asumir que: “... cuando escribes es para comunicar algo”. (p. 175).

Padura sostiene, y aquí diríamos que de manera un tanto muy atinada, que para entender Cuba es imprescindible acercarse al conocimiento de La Habana, “porque aunque La Habana no es Cuba, de muchas formas en esa ciudad radica su corazón” (p. 192) Sin embargo, aun estando de acuerdo en que esa idea tiene mucho sentido, la posibilidad de conocer otros extremos de la isla permite aclarar que es necesario un conocimiento más allá de La Habana para entender y explicar los diferentes ritmos de ese corazón que también «bombee» como respuesta a las motivaciones que se manifiestan desde lugares diferentes.

Gracias a la visión que se nos presenta mediante *Ir a La Habana*, con sus lugares emblemáticos, de los cuales debo decir que la parte dedicada en

la novela al Barrio Chino es en suma sorprendente. No habrá texto que por sí solo nos logre ofrecer toda la información que mana de esa atractiva ciudad, pero esta obra de Leonardo Padura será un sólido referente, un tenaz aliciente para volver a la interesante urbe, o bien para visitarla por primera ocasión; como sea, no cabe duda de que podrá ser un estímulo para escribir y poner como objetivo en nuestras agendas...: *Ir a La Habana!!!*

Ir a La Habana es un preámbulo verdaderamente atractivo para aquel que quiera tener una panorámica histórica, cultural, social, literaria, y un tanto política, de ese corazón de Cuba. Con sus remodelaciones, La Habana permitirá a los siguientes turistas la captura de fotografías que lucirán como modernas y suntuosas, pero que seguramente harán de lado a esa parte de la complicada ciudad que, como un “organismo sintiente”, lanza lamentos de dolor. En las imágenes no será común encontrar el interés en aquellas circunstancias que muestran de la urbe caribeña sus enfermedades, su depresión, su deterioro moral y que, hasta de cierta manera, la hace ver fea, padeciendo un fenómeno de descomposición dramático que muchos achacan al gobierno actual, el cual, no lo dudamos, debe tener algunas responsabilidades en la situación actual en Cuba. No obstante, aquí existe una preocupación por no dejar de considerar la alta culpabilidad que los gobiernos norteamericanos tienen en el aislamiento que hoy se vive en la isla. Darse cuenta de lo que provoca tal incomunicación es tener ante nuestras miradas una panorámica profundamente conmovedora; caminando por muchos otros lugares de Cuba, no sólo por La Habana, se comprueba que son niños, gente muy adulta, enfermos de todas edades, muchos cubanos y muchas cubanas de todas condiciones y geografías, quienes sufren esa inhumana política implantada a pocos meses del triunfo de la Revolución

Quiero terminar diciendo que al final de la novela aparecen otras 15 fotografías más, igual número que las presentadas en la parte inicial. En ellas se aprecia, como lo he externado justo antes, que ir a La Habana debería ser una oportunidad que se tiene que aprovechar para mirar las entrañas de esa sociedad que se vistió de esperanza hace muchas décadas. Ahora, es decir hoy en día, y muy comúnmente, a La Habana sólo se le viste con imágenes estéticamente atractivas, de las cuales se debe partir para preguntarse ¿quiénes son los retratados?, ¿de dónde vienen?, ¿qué hacen antes y después de los momentos fotográficos?, La respuesta a estas

interrogantes es de gran significado, pero como lo apunté al iniciar este texto, deberá ser el objetivo a conseguir en otro espacio de publicación. Sin embargo, algo se puede entresacar de forma breve.

De las hojas ocupadas por las 15 imágenes fotográficas finales, la última página la ocupa una fotografía que se capturó en Mantilla durante el 2017. Allí posa Leonardo Padura, quien está quieto a la entrada de la que fuera casa de un personaje histórico, a saber, Juan Gualberto Gómez (12 de julio de 1854-La Habana, 5 de marzo de 1933), originario de la Provincia de Matanzas, ciudad desde la cual participó en el alzamiento independentista del 24 de febrero de 1895. Como ya se dijo, se presenta sosegado, tranquilo, sentado frente a la edificación ubicada en su ciudad originaria. Su actitud dentro de la fotografía es de paz, mostrando una sonrisa discreta, luciendo vestimenta veraniega. Aparece, como aquí lo creemos, con la plena intención de emitir un discurso visual en el que quiere auto representarse como testigo de lo que sus obras presentan, es decir, remarcando que él se encuentra en Cuba, que desde su Mantilla querida sigue siendo testigo de lo que se vive en La Habana, en su país.

La importancia de sus interpretaciones literarias sobre la ciudad habanera, además de las que Leonardo Padura amplía para explicitar sus pensamientos sobre toda la nación caribeña, es incuestionable. Está muy próximo de quienes sueñan con esa alternativa de «irse al yuma», como se dice en la isla al hablar de abandonar la isla e irse al extranjero, pero que nunca podrán montarse a un avión que los lleve a los lugares del mundo en los cuales el escritor ha estado para difundir su literatura. Sin embargo, y sin menoscabo de la riqueza literaria que ofrece *Ir a La Habana*, sostengo que también existe mucho más por conocer. Soy un lector, como no tengo duda que habrá otros, a la espera de la interpretación sobre esa Cuba en la que aparezca quien no ha bebido leche en meses. Soy un visitante de Cuba con la certeza de que será ilustradora aquella narrativa que mencione toda cubana o todo cubano quien cada fin de semana que pueda asistir al mercado temporal que sábados y domingos se instala en la Calle Galiano, de Centro Habana, el barrio bravo de Centro Habana y que invariablemente pregunta el precio de la carne de res que allí se expende, pero quien tal vez nunca la ha comido.

De igual significado sería encontrar una exposición larga y profunda en la que se plasme el testimonio del jinetero que cada mañana, muy temprano, y con sorprendente disciplina empresarial espera a los turistas de hoteles y casas de alquiler con la finalidad de obtener esos dólares que le permitirán llevar comida y medicinas a su madre anciana, quien desde la pandemia no ha salido más a la calle, y quien desde el cuarto nivel de un mediano edificio de departamentos, avienta el cordel que, amarrado a un pequeño cesto, irá recibiendo lo que ese hijo quien, al tiempo que llega a ser enfadoso para los turistas, es la única persona que seguirá ocupándose de esa vieja mujer de casi 90 años quien, paradójicamente, y estando en la capital del país, ya lleva 5 años sin *Ir a La Habana*.

Enrique Camacho Navarro

Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe-UNAM

camnav@unam.mx

ORCID: 0000-0001-8622-9612

